

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *EMERGENCIAS* DE DIAMELA ELTIT

Sonia Montecino
Universidad de Chile

“Un texto escrito por una mujer no sólo se procrea por línea materna, sino también es el producto del padre y la madre; el texto confronta a los precursores maternos y paternos, y tiene que habérselas con los problemas y ventajas de ambas herencias” (Elaine Showalter, *La Crítica feminista en el desierto*).

El libro que presentamos, *Emergencias* (Santiago: Editorial Planeta, 2000), de la escritora Diamela Eltit muestra precisamente cómo las herencias paternas y maternas se articulan en la escritura de este conjunto de ensayos, publicados como artículos en periódicos y revistas, en catálogos y prólogos, y que se desplegarán ante nosotros para confrontar la razón y la emoción. El libro consta de ocho secciones: Transición democrática: Mercado y literatura; Sujeto y frontera; Género y poder; Diferencias y resistencias culturales; Recensiones; Homenajes, obras; Artes Visuales; una Estética desde la escritura propia y un “Epílogo sobre feminismo chileno”. A lo largo de estas secciones transitamos por un pensamiento que se desliza desde lo personal a lo social, desde la experiencia colectiva a la individual, pero siempre pensamiento que desea develar las claves culturales que dotarán de sentido político a hechos históricos, memorias, biografías, libros, instalaciones de arte, fotografías –entre otros. En estas *Emergencias* una profunda y cuidadosa reflexión se hermana con la pasión y con el sentimiento obsesivo y lleno de presagios sobre la vida social, sobre nuestra vida social chilena y latinoamericana.

De las posibles y complejas interpretaciones que este libro nos propone, he elegido dos que se entrelazan y que a mi juicio lo recorren como cauces de sentido. Por un lado, una lectura de exorcismos, de conjuros y de lucha por desbaratar las actuales maquinarias que hacen funcionar lo social, lo psíquico y lo corporal. Por el otro, el intento de construir una memoria emblemática con el significado que le otorga Steve Stern al término.

En el primer sentido, mientras leía el libro de Diamela me pareció estar participando de una ceremonia chamánica de adivinación, de lectura y develación de los males, un desnudamiento de las fuerzas ocultas en libros y en sucesos, una contienda con la perversa y poderosa gramática del poder que se cuele en lugares insospechados para el sentido común y que la escritora como una antigua nigromante va descifrando hasta poner en cuestión las formas en que lo social y lo personal se construyen. Un cuestionamiento que nos dirá se asienta "...en esa zona de disconformidad social crónica e intransable que nos habita".

En la lectura de este libro como ceremonia son variadas las imágenes convocadas para el rito de "limpieza", para exorcizar mediante la palabra aquello que nos amenaza y, al mismo tiempo, para reclamar la posibilidad de otra manera de morar en el mundo, aunque sea solo de un modo precario, pero no por ello carente de ética. Y la ética que se nos ofrece en este potente ceremonial de "descubrimiento" de los mecanismos de la dominación tiene que ver con los valores portados por quienes están a contracorriente de un modelo que hoy conocemos como neoliberal en lo económico y que permea con su engranaje todas las esferas de nuestra existencia.

Así, por ejemplo, a contracorriente navega el imaginario de Alfredo Gómez Morel, en su novela, o biografía, *El Río*, que describe el hampa chilena de mediados del siglo XX y que Diamela Eltit releva "...como uno de los escasos intentos de textualización de las zonas prófugas de la cultura. El relato hecho de retazos de escrituras, de raptos de imágenes, de morales desconstruidas y vueltas a organizar, permanece como una sucesión de saberes en donde cuerpo y sentido se estrechan para construir, desde las zonas sociales tradicionalmente descartadas una invertida y apasionada épica cultural".

Otro espacio delictual y a contrapelo de lo oficial será el que Diamela hará "emerger" del libro de María Carolina Geel, *Cárcel de Mujeres* —testimonio de la escritora que paga su condena por el crimen que ha cometido al asesinar a su amante en un salón de té. La autora nos llama la atención, en primer lugar, sobre el prólogo del libro escrito por el poderoso crítico literario Alone, y nos muestra como "...el libro (está) dictado por el deseo de Alone o bien el libro (es) resultado de un pacto cultural entre el crítico y la escritora, para soslayar así la sanción social que provocara la transgresión misma del crimen". Pero, la idea de redención a través de la escritura dará paso al despliegue de estratigrafías más profundas, que serán las que Diamela desentierre como si se tratara de un sitio arqueológico donde se depositaran los "restos" del deseo de la propia María Carolina Geel. Así, será "...el temor al hombre y a la vulgaridad (la del hombre) lo que la lleva a refugiarse en el terreno pagano de la cárcel de mujeres, como si para llegar al espacio puramente femenino hubiera requerido del crimen como corte radical". Un latente homosexualismo, descubierto en el ojo voyeurista de la escritora, pero que se niega y se desprecia a sí mismo, es el resultado de la reflexión que se nos plantea. Entonces Diamela parece querer decirnos

que bajo un deseo, el del crítico, hay otro, el de quien escribe (la “escritora asesina”) y que para comprender las claves de este último tenemos que leer “oblicuamente”, sospechando siempre de las apariencias de los discursos.

La ceremonia chamánica del libro que comentamos tomará sus materiales de un importante y yo diría crucial espacio teórico: el de las reflexiones de género. Estas forman parte del delicado cruce –con el psicoanálisis, con el marxismo, con el estructuralismo– que la autora realiza para denunciar las desigualdades y, sobre todo, para poner en escena los desequilibrios que desde el plano de lo simbólico se asentarán en lo social y lo económico.

Sin duda, y tal como lo sostiene Leonidas Morales en el prólogo de *Emergencias*, las constantes que encontramos en estos ensayos tienen que ver con el cuerpo y la política: “...se trata de un cuerpo sexuado, sometido por tanto a la problemática de las identidades...” nos dirá Morales. Problematizar el cuerpo en tanto portador de símbolos, de clase, de etnia, y de varias diferencias, es el operador de género con el cual la autora irá desenmascarando las políticas de la opresión y del sometimiento, pero al mismo tiempo las de la “insurrección”. De ese modo, analizará una fotografía del “Coronel Robles”, una combatiente de la revolución mexicana, que no es sino la transfiguración de una mujer que usurpa los territorios masculinos de la guerra: “El Coronel Robles, herido de guerra, cuerpo sobreviviente de varias batallas, ha preferido resguardarse tras la sangre heroica más que en la sangre ritual y cíclica, y este gesto lo expone, lo eleva a la vez a rango de mito, lo hace partícipe del mito supremo de la masculinidad. Como herido de guerra, como sobreviviente, persiste hoy únicamente en la fotografía, documento ahistórico ¿contra histórico? de una atávica e inquietante batalla con los códigos sociales”.

Y como contramodelo, el guerrillero cuya alegórica masculinidad todavía se mantiene en nuestro imaginario, el Che Guevara, es convocado por Diamela al analizar su biografía escrita por Jorge Castañeda. Una masculinidad en donde asma y arma se entreveran para esculpir el alma de: “...un sujeto que desde el ejercicio de los poderes centrales emprende una fuga terminal y funeraria hasta la periferia”.

Es importante señalar que la autora retomará las teorías de género de los países centrales, sobre todo en el ámbito de las reflexiones sobre la escritura femenina, pero haciendo una necesaria torsión hacia lo específico de nuestras biografías. De esa manera sostendrá que “Nuestro continente, aún en sus diferencias regionales, porta –a mi juicio– la marca de lo artesanal y en ese hábito (lo digo en el sentido de la artesanía que comporta la escritura, por ejemplo), el pensamiento y el habitar concretos, nombran a una mujer que traslada en su cuerpo una particular manera de conectarse con la realidad”. ¿Cuál es esa manera particular? Diamela sostendrá que ella es visible “...en la maternidad, artesanía privativa del cuerpo de las mujeres. Una relación quizás gozosa con el poder del cuerpo que crea incesantemente. Y en esa creación define a la mujer latina por sus múltiples gestaciones... Un cuerpo, especialmente activo en los sectores sociales signados por las mayores carencias”.

La escritura será para la autora la expresión de su desacato a la política del conformismo, de las concertaciones, de los consensos, de la dictadura; la escritura es su protesta y su forma de vida. Por eso, nos dice que aun cuando siente un compromiso con "...cada una de las luchas simbólicas y civiles para mejorar la condición de la mujer, no tengo ni el poder, ni la capacidad para cambiar los hábitos nacionales, ni me gustaría convertirme en una predicadora febril que deba corregir gestos públicos privados. Lo único que puedo hacer frente a tantos detalles irónicos o malignos o injustos que cercan a la mujer que escribe es precisamente intentar escribir mis libros con libertad, sin caer en programas –ni complacientes ni redentores– y luchar porque sean publicados”.

Desde el ritual de exorcismos y de develamientos con que el concepto de género denuncia el poder, Diamela conjura su ser mujer y escritora en un país, en una historia –la de todas nosotras y la suya en particular– que también condena ese gesto de libertad. Así el precio de la escritura como protesta y también como goce la transformarán en objeto de exclusiones: “En mi caso personal he experimentado los efectos discriminadores, encubiertos bajo distintos gestos. El “no se entiende” que aplicado a algunos autores hombres quizás pudiera ser una frase prestigiosa, un desafío de lectura en mi caso ha terminado por ser un slogan determinista y excluyente”. La escritora “difícil” es entonces catalogada de “muy intelectual” dentro de los modelos que nuestro medio construye para lo que debiera ser una escritura de mujeres políticamente correcta. Diamela nos dirá que esas son las reglas y que no opera la mala fe en quienes las juegan, sino “la manera inconsciente en la que se pone en entredicho el decir y el hacer de la mujer”, pero yo agregaría que como el inconsciente no tiene sentido del humor, la condena del “no se entiende” se juega también en la “mala conciencia” de aquellos que lo sustentan.

Podría seguir extendiéndome en mi lectura de este texto como ritual y conjuro de lo social y personal, como vaticinio de un mundo que virtualmente será devorado por el consumo salvaje que transmuta todo en opción de compra y en el dolor que le produce a la autora esta operación en el ámbito de lo literario, del libro, de la producción cultural; dolor que ella va amortiguando con su denuncia y con la lucidez de su oficio de nigromante. Termino esta lectura con la evocación de otra ceremonia: la del Bronx en Nueva York, con la descripción casi etnográfica de la iniciación de un santero por y para la comunidad puertorriqueña a la cual Diamela asiste, develándonos los pormenores de la aculturación, del mestizaje y de una resistencia religiosa plagada de imágenes sincréticas.

Voy a referirme ahora a otra de las maneras en que este libro se construyó para mí. Me refiero a la voluntad de la autora por construir una memoria emblemática. Uso este concepto de Steve Stern, quien piensa que existen memorias sueltas y emblemáticas; las primeras aluden a recuerdos que son significativos personalmente y que son fundamentales para definir quiénes somos, pero que su sentido no rebasa

el ámbito de lo individual. La memoria suelta alude, por ejemplo, a nuestras experiencias de pobreza, de subalternidad, de abandono, etc.; pero ella está entramada con otra memoria que es la emblemática y que tiene que ver con recuerdos que tienen un sentido colectivo, social, con marcas que todos podemos reconocer y que también definen un nosotros. Según Stern la relación dinámica entre la memoria suelta y la emblemática es la que produce la memoria colectiva; y esa relación se gesta “a partir de coyunturas o hechos históricos especiales”.

Si uno pudiera historiar la memoria y el olvido colectivos, podría darse cuenta de la lucha y del deseo por construir memorias emblemáticas que sean cultural y políticamente influyentes. Y es en esa historización donde quisiera situar las reflexiones de Diamela en sus *Emergencias*.

Me parece que son tres grandes “nudos convocantes de la memoria” –parafraseando a Stern– los que aparecen en este libro: el Golpe de Estado; las prisioneras políticas que se transmutan en oficiales de las fuerzas armadas y el nacimiento del feminismo chileno.

Me detendré en el segundo de estos nudos, porque me parece que su valor metafórico va más allá de lo impactante de su desenlace y porque siento que es en el que, por parte de la autora, hay más emoción y deseo de construir memoria colectiva. Pero este nudo se entiende a partir del primero, que es el que da inicio al libro y que se relaciona precisamente con la semántica de la palabra golpe y con el suceso histórico Golpe de Estado.

La autora nos dice que éste es una clave que refundará el orden social chileno y que lo marcará a sangre y fuego, toda vez que será el “cuerpo como foco político” el que se convertirá en “trágico territorio modélico de disciplinamiento”. Es el día del golpe el que Diamela construye como nudo convocante de la memoria –día que todos los que lo vivimos, y aun los que no, podemos reconocer como hecho histórico–, haciendo comparecer a los soldados que ese día invadieron las calles, nuestras calles; recordándonos de los bandos militares que “...numerados, en ese orden maníaco que ya no iba a cesar, notificaban a la población de una orden y otra orden que debía cumplirse...”. Pero también nos hace escuchar la voz del presidente Allende en su último discurso y en su respuesta humana ante lo irreversible; los disparos, los aviones, la construcción de la figura del “enemigo”, de “...ese enemigo (que) iniciaba su inserción en un pedazo del cerebro de cada uno de aquellos que estábamos horrorizados por lo que estaba sucediendo... (y que) ya nos habíamos convertido simbólicamente en ese enemigo extremista que buscaban”.

El día del golpe es descrito como el anuncio de lo que serían los 17 años de dictadura, ese día fue el día ejemplar (ejemplificador) con el toque de queda y la domesticidad que implicaba; la reducción de lo social y la muerte, y, al mismo tiempo, el nacimiento de una cultura de la sobrevivencia. Pero, para la autora lo que

estaba en el envés de ese avasallamiento era "...el deseo económico, en una forma salvaje de repactar el capital".

En su gesto de conformar memoria emblemática, Diamela hará una interrogación hacia las negaciones: por ejemplo, la de la figura de Allende, hablando de la concertación y de la reconciliación como "...un instrumental del olvido". Del mismo modo se pregunta —y aquí llegamos al segundo nudo— por el silencio que reinó sobre dos autobiografías: "El Infierno" de Luz Arce y "Mi verdad" de Marcia Alejandra Merino, ex militantes del Mir, ex prisioneras políticas que se convierten en colaboradoras de los servicios secretos y en amantes de sus anteriores victimarios.

La autora hará una minuciosa y crítica lectura de las vidas —textuales, reales— de estas dos mujeres, hipotetizando que ellas semejan "simetrías complejas e inabordables del presente" que dejan al trasluz los reacomodos que la tarea de la sobrevivencia les impone, lo que implica "...oprimir sus pasados para insertarse en un presente y construir así una situación de poder en el futuro". Los tópicos de la traición y lo femenino serán descartados como claves de comprensión, situando el análisis en el afán de ubicuidad social y por tanto en el tema de las identidades.

Es así como en toda su dramática humanidad asistimos a la terrible mutación de sujetos femeninos que se sintieron desde el comienzo seducidas por lo masculino de la lucha armada (Coroneles Robles y Che Guevaras andróginos), por las jerarquías y los ascensos; para luego trocarse de discurso ideológico y ser ocupadas, aniquiladas mentalmente por sus torturadores cuando eran presas políticas —en el doble sentido del término. Y quebradas ellas, como muchos, se disponen a colaborar. De allí que en sus discursos, nos dirá Diamela, "se pongan en relación, poder, cuerpo, género femenino e ideología, que a su vez están ampliamente conectados con los poderes actuales de la transición a la democracia chilena en la que yo habito, alcanzando extensas resonancias culturales y sociales".

Y a propósito de resonancias, no puedo sino hacer dialogar las ideas de Diamela Eltit con las del historiador Eduardo Devés, que confluyen en este intento de nudo convocante de la memoria al colocar a la "Flaca Alejandra" (Marcia Alejandra Merino) como una "...clave de comprensión de totalidades mayores". "...La flaca Alejandra —nos dice Devés— la pobre Flaca Alejandra, ese símbolo patético de una práctica viciada, preñada de resentimiento y violencia. Paradojalmente es la imagen del perdón y de la reconciliación. También lo es del interés pequeño y de la falta de principios. Y también de la maravillosa capacidad de sobrevivir a la adversidad. Por eso es que la Flaca es símbolo de este país, de muchas cosas, no de todas; por eso es que este relato quiere (necesita) tenerlo como clave".

Al final de las reflexiones de la autora sobre el sentido de la traición y de su relativización como ética y estética mutante "con las que se justifica el desenfreno del capital y el agobio consumista desigual, mediante el que se violenta el cuerpo social para despolitizarlo", nos enfrentará a la vida (o más bien a la muerte) de otras

mujeres, de las tres hermanas Quispe que en 1974 –año en que fueron tomadas prisioneras Luz Arce y la Flaca Alejandra– se suicidan colectivamente, eliminando antes sus únicas pertenencias: su ganado y sus perros. Las hermanas Quispe, mestizas del pueblo Coya, tomarían una “decisión dramática plena de sentidos múltiples que jamás podrían ser descifrados”. Así, Diamela nos restituye el poder, el único poder marginal de decidir su muerte que tenían estas hermanas que moraban en la soledad y en la extrema pobreza del altiplano. Curiosamente Devés confrontará a la Flaca Alejandra con Allende, dejando entrever sus notables diferencias: “qué distinta la integridad, la dignidad, el orgullo, la consecuencia. Pero ella está viva, él murió. Él murió, pero está vivo en la memoria de su pueblo, de un pueblo de flacas alejandras. La Flaca Alejandra en su miseria humana puede recordar y revivir a Salvador Allende; él nada puede hacer, está irremediablemente muerto, acabado. Su mito vive únicamente en nosotros, en todos los que no fuimos Allende”.

Queda entonces en evidencia la fuerza de los nudos convocantes de la memoria que Diamela Eltit construye en este libro, haciéndonos ver que los olvidos, las negaciones, las omisiones son precisamente una contramemoria que hay que descifrar porque allí podremos encontrar los fragmentos dispersos de una historia y porque ellos pueden hacernos tender puentes entre la memoria suelta y la emblemática, y desde allí ayudarnos a constituir una memoria colectiva no aprisionada en el poder de turno, no fagocitada por los pactos políticos que hoy en día son análogos a las negociaciones de los “valores” en el mercado.

Finalmente quisiera decir que pienso que la riqueza del libro que comentamos radica en mostrarnos otra cara de la escritura de Diamela Eltit, y de su profunda capacidad para tocar lo que el sentido común vela. Pero no puedo terminar mis comentarios sin referirme al gesto amoroso e intelectual de Diamela con sus amigos y amigas, los cuales pueblan con sus nombres y con sus obras muchas de las páginas de *Emergencias*: Loty Rosenfeld, Margo Glantz, Rolf Foerster, Jorge Castañeda, Miriam Morales, Angel Lozada, Juan Domingo Dávila, yo misma, entre otros. Y tampoco puedo dejar de citar estas palabras de la autora: “Desde mi infancia de barrio bajo, vulnerada por crisis familiares, como hija de mi padre y sus penurias, estoy abierta a leer los síntomas del desamparo, sea social, sea mental. Mi solidaridad política mayor, irrestricta, y hasta épica es con esos espacios de desamparo...”; cita en la que leo las herencias maternas y paternas con que tiene que habérselas todo texto, toda escritura de mujer.